

sona, atacada con heroico arrojo, cayó en poder de los sitiadores. Los días siguientes, continuó horroroso el cañoneo, causando grandes destrozos el de los liberales en la ciudadela y el castillo. Expulsados los carlistas de Castelciutat, estaban imposibilitados de coger agua del Balira, quedando á más cortadas las comunicaciones entre aquellos dos fuertes. Empezóse á hablar de capitulación entre los sitiados, y Lizárraga, para conjurar la tormenta, arreció el bombardeo, reduciendo á un montón de escombros el pueblo de Castelciutat. En sus ruinas se sostuvieron valientemente los liberales, aunque apenas tenían donde guarecerse, y rechazaron á los sitiados, que hicieron una salida, asaltándoles á la bayoneta. No se conseguía, á pesar de todo, rendir el tesón de los defensores del castillo y la ciudadela, y ya se murmuraba que acaso fuese preciso levantar el sitio, cuando se presentaron los primeros parlamentarios, no enviados por Lizárraga. Este se vió obligado á proponer una capitulación, que le impusieron sus subordinados y que iba siendo necesaria, por el estado ruinoso de los fuertes y la falta de agua y provisiones. Los sitiados, ante la remota esperanza de ser socorridos, pidieron aún veinticuatro horas de plazo para rendirse. Convenciéronse, al fin, que nada debían esperar, y como era imposible resistir más, pues la sed y el hambre habian producido general desfallecimiento, se firmó la capitulación el veintiséis de Agosto. Los capitulados desfilaron con banderas desplegadas y, al llegar á la puerta de la Princesa, dejaron las armas en pabellones, quedando prisioneros el famoso obispo de Urgel, Lizárraga, ciento cuarenta y ocho jefes y oficiales, ochocientos setenta y siete individuos de tropa y ciento ocho heridos.

Culpóse á Savalls de no haber hecho lo bastante para socorrer á la Seo, y fué destituido, dándole por sucesor á Castell. El ejército liberal de Cataluña constaba entonces de cincuenta y tres mil hombres y sesenta y ocho piezas de artillería. Martínez Campos distribuyó convenientemente estas fuerzas para tener en constante jaque al enemigo; ocupó puntos importantes, fortificó otros, mandó armar á los liberales del Ampurdán y de la marina, y llegó á poder pasearse, sin más acompañamiento que su escolta, en territorios dominados antes por los carlistas. Muchos de estos emigraron á Francia. Castells, acosado de cerca é incesantemente, apeló al medio de dividir sus fuerzas, esquivar los encuentros y unir las de improviso para caer sobre sus contrarios; mas los triunfos parciales que obtuvo en Spinalvert y en la pobla de Lillet no fueron bastantes á impedir la descomposición de sus huestes. No pocos jefes carlistas se acogieron al generoso indulto que el gobierno les ofrecía; otros pasaron á la vecina República; Martínez Campos dispuso un somatén general, que empeoró la situación de los facciosos, y, por último, el mismo Castells tuvo que penetrar en Francia con Moore y algún otro cabecilla, pudiendo anunciar el jefe liberal la conclusión de la guerra civil en el antiguo principado.

Veamos ahora la marcha que llevaron los sucesos en las provincias del Norte, donde estaba el principal baluarte del carlismo.

Lo tenía todo dispuesto el duque de la Torre para acudir en socorro de Pamplona, ciudad que sufría largo asedio, cuando la Restauración detuvo sus operaciones. Empeorando la situación de la capital de Navarra, se determinó salvarla, y para ello se aumentó considerablemente el ejército del Norte, el más numeroso que España había puesto en campaña, lo cual prueba cuantos elementos reunieran los gobiernos anteriores para terminar la guerra. El rey, que había ido al campo de las operaciones para ponerse al frente del ejército, revistó en los llanos de Peralta cuarenta mil hombres de todas las armas, aconsejó á los vascongados y navarros que depusieran su actitud, y dirigió palabras de aliento y esperanza á las tropas. Al día siguiente, veinticuatro de Enero, se celebró consejo de guerra, aceptándose, con ligeras variaciones, el plan acordado anteriormente. En su virtud, Moriones, con el primer cuerpo de ejército, verificando un movimiento envolvente, marchó desde Tafalla á San Martín de Unx y ocupó, el primero de Febrero, los montes de Avinzano é Izco, cuyas trincheras abandonaron los carlistas, temiendo les cortasen la retirada; el segundo cuerpo, mandado por Primo de Rivera, tomó por sorpresa la ermita de San Cristóbal, hizo suyas, sin tener que combatir, las posiciones del monte Esquinza y se apoderó, con poco esfuerzo, de Oteiza y de los pueblos de Lorca y Lacar; en fin, el tercer cuerpo, que guiaba Despujols, atacó las posiciones de Añorbe y Tirapu, pero no pudiendo adelantar más su artillería montada, la retiró á Artajona, sosteniéndose en sus posiciones y llamando sobre sí la atención de los carlistas: al anocheecer, sin embargo, debió replegarse á Artajona, imposibilitado de cumplir todas las instrucciones que había recibido, por las muchas fuerzas enemigas que cayeron sobre él. El primer cuerpo debía seguir el día dos hacia Astrain, que era su objetivo; mas, en lugar de hacerlo así, fué desde Noasin á Pamplona. La no ocupación de Astrain en aquel día tuvo funestas consecuencias, dejando, por de pronto, expedito á los carlistas el paso del Arga y permitiéndoles salvar su artillería. Como los movimientos de todo el ejército estaban subordinados á los del primer cuerpo, no sabiéndose nada de éste el tercer día, paralizóse el avance, y aunque Moriones se posesionó de Astrain, sabedor del abandono de las líneas del Perdón por los carlistas, no se pusieron en comunicación sus tropas y las del tercer cuerpo, como estaba proyectado, y se retrasaron ó esterilizaron las operaciones de este cuerpo y las del segundo. Don Alfonso efectuó una exploración desde Oteiza, pero advirtiendo por los disparos de los cañones carlistas lo temerario de avanzar más, presentóse en monte Esquinza, alojándose en la ermita de San Cristóbal.

Mendiri, que á la sazón ejercía el mando en jefe de los carlistas, consideró destruidos sus planes y serle imposible sostenerse en Puente y valle de Izarbi, tan luego supo que los liberales eran dueños de Esquinza. En su consecuencia, corrió á exponer á don Carlos

lo que estimaba más oportuno, y ordenó la retirada de todas las fuerzas sobre Cirauqui. Esto disgustó á los carlistas, tirando muchos el fusil para marcharse á sus casas; llegó el pánico á Estella; se gritó traición; quedaron cortadas las comunicaciones con la corte de don Carlos y el cuartel general, y un jefe carlista escribió: «Si los generales Despujols y Primo de Rivera nos atacan cuando los navarros decían que habíamos sido vendidos, concluye la guerra.» Decididos don Carlos y Mendiri á hacer un supremo esfuerzo, disponen un impetuoso ataque á Lacar, el cual se realiza con gran fortuna; pues los liberales, creyendo que las fuerzas que se acercan son tropas de Moriones, se dejan sorprender, y el pánico cunde en sus filas, y el combate no dura sino media hora, cayendo en poder del enemigo más de dos mil fusiles, las cajas de los regimientos, tres piezas de artillería y sobre trescientos prisioneros: en el campo quedaron tendidos ochocientos cadáveres. Mayor hubiese sido el desastre si Argonz avanza hacia Oteiza con sus nueve batallones, poniendo en grave aprieto al cuartel real, donde la alarma fué extraordinaria. Los vencedores de Lacar, empero, no saben sacar partido de su triunfo: unos se adelantan hasta Lorca, donde los contiene Fajardo, y otros se acercan al cerro de Muniain, siendo rechazados por el intrépido Mediavilla y el bravo Alday: éste muere en la refriega; aquél es herido. Acuden otros carlistas, y se pelea encarnizadamente, cuerpo á cuerpo; tienen que retroceder segunda vez, mas todavía reproducen el ataque, hasta que, finalmente, son vencidos. Cerca de doscientas bajas hubo en uno y otro campo, prodigándose por ambos lados los actos de valor.

Los carlistas celebraron el triunfo de Lacar, que, sin embargo, no bastó á neutralizar el efecto producido por el abandono sin combatir de las formidables posiciones del Carrascal. Esta fué gravísima falta, no siéndolo menos la cometida por los liberales al no continuar el plan tan bien inaugurado, hasta caer sobre Estella, en vez de suspender las operaciones para fortificar los puntos conquistados. Don Alfonso regresó á Madrid. Aunque la quinta de aquel año dió al gobierno un contingente positivo de cuarenta mil hombres, con los que pudo elevar las fuerzas que estaban en campaña, durante algún tiempo permanecieron los combatientes á la defensiva, fortificando sus respectivas posiciones. El reconocimiento de Don Alfonso por don Ramón Cabrera, verificado el once de Marzo, hizo concebir esperanzas de paz. No obstante, eran éstas prematuras todavía, aunque en las provincias rebeldes notábanse ya los efectos del cansancio. Abandonada la línea del Oria por las fuerzas liberales de Guipúzcoa, los carlistas adelantaron la suya contra San Sebastián, que les opuso las fortificaciones de Ametzáñaga y Jaizquivil. El peligro, empero, no estaba en aquel lado, sino por la parte de Igueldo. La antigua é inmortal Guetaria, patria de Elcano, sufrió entonces los asoladores efectos de la guerra: cuatro mil seiscientos diez y seis bombas y granadas lanzaron sobre ella los carlistas, y las cuatro quintas partes de los moradores tuvieron que abandonar la población, por

falta absoluta de medios de subsistencia. Para amedrentar á los carlistas, dispuso el gobierno el bombardeo de los puertos situados desde el abra de Bilbao á Fuenterrabía: efectuóse sin gran decisión; sustituyóse después por el bloqueo, y se volvió á él, viendo la ineficacia de este último. Los carlistas entonces resolvieron bombardear á San Sebastián.

Dictáronse por el gobierno rigurosas medidas contra las personas y bienes de los rebeldes, y la guerra, que se había humanizado un tanto con los canjes de prisioneros verificados en el Centro y Norte, tornóse cruel otra vez: los beligerantes rivalizaron en terribles disposiciones, registrándose actos de feroz salvajismo. La lucha parecía arder más viva que nunca; sin embargo, los acontecimientos se precipitaban, haciendo mudar el aspecto de cosas y personas. Pérula reemplazó á Mendiri en el mando en jefe del ejército carlista, y corrió á Alava á cortar el paso á los liberales. Ocuparon éstos á San Formerio, y el siete de Julio al amanecer, desembocaron en el condado de Treviño veinticinco batallones, siete escuadrones, seis baterías y tres compañías de ingenieros. La concentración de estas fuerzas y su despliegue en el campo de batalla se verificó con extraordinaria rapidez y precisión matemática, de modo que, entre siete y ocho de la mañana, habían entrado en línea y ocupado sus respectivos puestos de combate todas las tropas del general Quesada, cuyo plan consistía en operar un cambio de frente, sirviendo de eje la izquierda, adelantar el ala derecha, atravesar los montes de Vitoria y presentarse en esta ciudad. Loma y Pino peleaban por la derecha y centro, mientras Tello, avanzando, sostenía en la izquierda un sangriento combate, adquiriendo la lucha carácter de desesperado encarnizamiento. Los carlistas iniciaron un ataque de frente; las guerrillas se mezclaron y embistieron á bayonetazos. Viendo el general Tello que la línea de combate empezaba á perder terreno, mandó venir á la caballería, encargando personalmente al coronel Contreras que atacase al enemigo. Este fué el momento decisivo. Contreras, con noventa y ocho jinetes, cargó á fondo, arrollando y acuchillando las guerrillas carlistas: el campo quedó sembrado de cadáveres. Rehácense los carlistas; pero dos batallones, enviados por Loma, les amenazan por el flanco y les obligan á retirarse. Tal fué la batalla de Zumelzu ó Treviño, en que los liberales obtuvieron una señalada victoria, aunque á costa de sensibles pérdidas.

En Vizcaya, procuraba el general Villegas distraer la atención de sus enemigos, que se acumulaban sobre Alava. Estas fuerzas se encomendaron al conde de Caserta, que poco pudo hacer, porque Quesada, ocupando á Vitoria, estaba en condiciones de amenazar y atacar varios puntos á la vez. En Guipúzcoa, los carlistas bombardeaban á Hernani, que era una de las poblaciones que más codiciaban. Para mantener las comunicaciones de dicha plaza con San Sebastián, decidió Blanco apoderarse de Montevideo, lo que consiguió, procediendo seguidamente á fortificar las posiciones conquistadas. El ge-

neral Trillo, que reemplazó á Blanco, se hizo dueño de Urcabe sobre Uyarzun, que domina la carretera de San Sebastián á Irún y las de Zubelzu y Glaceta, cercanas á la última villa. El conde de Caserta, á quien don Carlos confió el mando interino de la facción en Guipúzcoa, poco satisfecho del estado de las fuerzas y de los ánimos en aquella provincia, pidió ser relevado para irse con la alavesa, sustituyéndole á poco don Eusebio Rodríguez, ex-comandante del ejército liberal, que se batió bien con sus contrarios en su ataque á Choritoquieta y posiciones inmediatas, obligando al general Trillo á pasar por la amargura de retirarse á la vista del enemigo. Aquella misma noche comenzó éste el bombardeo de San Sebastián, desde la falda de Arratsain. En represalias, dispuso Trillo que se bombardease á Usurbil, Lasarte, Urnieta, Ergobia y Astigarraga. Para romper la línea de los carlistas, Trillo necesitaba más fuerzas y las pedía; los defensores del pretendiente, temiendo su llegada, volvieron á llamar á los tercios formados de casados. Atacados los liberales en Lumbier, acudieron en su auxilio el general Reina desde Tafalla, Rodríguez Espina desde Puente la Reina, y la brigada Araoz desde Berdún. Las fuertes posiciones de la ermita de la Trinidad no pudieron ser tomadas en cuatro horas de porfiado combate. Los carlistas molestaban con sus fuegos, desde la sierra de Leire, á los que de ella se obstinaban en echarlos. Inferiores en número, tenían la ventaja de ocupar excelentes posiciones, y desde las alturas que rodean á Lumbier causaron numerosas bajas á los liberales. Indemnizábase de estas pérdidas el general en jefe en la sierra de Toloño, apoderándose de San León, de Peñacerrada y de Bernedo, cuya defensa había recomendado don Carlos, al que manifestó Pérula que era indispensable reconcentrar las fuerzas, por ser imposible sostener líneas extensas á causa del cansancio del país y de no ayudar las diputaciones. Don Carlos trató de infundirle aliento, y dirigió una alocución á su ejército desde Durango.

Urgía terminar la guerra, y en su consecuencia, acordóse en Madrid nuevo plan de campaña: se disolvieron los ejércitos de Cataluña y del Centro, y se reorganizó y reforzó el del Norte, dividiéndolo en dos, uno al mando de Martínez Campos, que ocuparía á Navarra, y otro que debía operar en las Vascongadas, guiándolo Quesada. Entre ambos sumaban cinco veces más fuerzas que los carlistas. Habiendo dimitido Pérula, púsose al frente de éstos el conde de Caserta. Al aproximarse las operaciones decisivas, temió don Carlos por Estella y encargó defenderla á todo trance. Lama, de acuerdo con Villegas, consideró necesario, como base de todas las operaciones en Vizcaya, establecer lo primero la línea del Cadagua hasta Bilbao, y aprobado por Quesada el movimiento preparatorio que proponía, lo ejecutó exactamente. El tiempo era malo; pero habiendo mejorado algún tanto, atacó Goñi las posiciones de Balmaseda, apoderándose del monte de Celadilla y entrando en la población á costa de pocas bajas. Villegas se situó en Güeñes y sobre Sodupe; Espina fué por el valle de Carranza, y Cassola, desde Bilbao, tomó

á Santa Agueda, las Cruces, San Felipe y Pílon de Azúcar. Los carlistas necesitaron retirarse á Zornoza y sus inmediaciones. Quesada había ocupado la línea de Villarreal, apoyando su derecha en Arlabán y su izquierda en Murua; Córdova se posesionó de Ochandiano, Alarcón y San Antonio de Urquiola; Ciria arrojó á los vizcainos y sedentarios de las elevadas cumbres donde intentaban hacerse fuertes, y el general en jefe penetró en el valle de Arratia, donde halló la muerte el brigadier Verdú, continuó por Ceberio y Arrancudiaga á Miravalles, y entró en Bilbao el primero de Febrero de mil ochocientos setenta y seis. De este modo, no sólo se estableció sólidamente la línea del Nervión, sino que quedó abierto el camino de Zornoza y Durango.

Tenían los carlistas en Guipúzcoa sobre sesenta y dos mil hombres y más de cien fuertes ó reductos, baterías y trincheras, para defender á Guetaria, Hernani, San Sebastián, Rentería, Pasajes é Irún. Hernani había recibido ya como unos diez mil proyectiles, y más de dos mil trescientos San Sebastián. Comprendió el general Moriones, después de haber reconocido la línea enemiga, cuánta sangre costaría al ejército el romperla, y convenciéndose de que lo menos costoso era tomar las posiciones de Garate. Merced á sus acertadas disposiciones y al valor de Mariné, embarcado sigilosamente en Pasajes, fueron conquistadas estas posiciones, y Guetaria se vió libre de su largo asedio. A este puesto se trasladó Moriones, reuniendo catorce batallones: su propósito era envolver al enemigo. Al mismo tiempo, se apoderaban los liberales, cerca de Hernani, de las posiciones y reducto de Vidarte, no sin sufrir muchas pérdidas, por la desesperada resistencia que opusieron los carlistas, que aun la hicieron mayor en Mendizorrotz y Arratsain. Aquí peleóse cuerpo á cuerpo, y los asaltantes consiguieron dominar el Bordacho, rodeándole; pero los carlistas, agotados los cartuchos y granadas de mano, se defendieron á pedradas, hasta que, auxiliados oportunamente, obligaron á sus contrarios á retroceder. El general Morales de los Ríos, que había dirigido estas acciones, echó la responsabilidad del fracaso á los coroneles y jefes de brigada. Sin embargo, Moriones sólo había ordenado que se hiciera una demostración sobre la línea de Arratsain, no empeñar combate. Sus instrucciones no se cumplieron, siendo la culpa, no de los jefes y brigadieres, sino del mismo Morales de los Ríos. En San Sebastián, adonde regresó el trece de Febrero, recibió Moriones el refuerzo de tres batallones. Quesada le avisó que avanzase sobre Cestona para comunicarse con Loma, que se dirigía por Marquina á Elgoivar y Deva, mientras él iba á Elgueta, contestando Moriones que, remediada la mala situación en que había quedado la división Morales de los Ríos, se embarcaría para Guetaria, á permitirlo el estado del mar.

El ejército de la derecha, formado casi todo de fuerzas de Cataluña, reuniase en Navarra. Su jefe, desistiendo de atacar á Estella, juzgó lo mejor dirigirse al Baztán con tropas bastantes; previno á Primo de Rivera que embistiese á Santa Bárbara de Oteiza;